

ENIGMAS EN FONCEBADÓN

MARTÍN MARTÍNEZ

El puerto de Foncebádón tuvo gran relevancia en la edad media española. Es algo lógico si tenemos en cuenta que en él se encuentra el paso de montaña que utilizaba el Camino de Santiago para salvar los montes de León y que a dicho Camino le otorgaron una gran importancia los monarcas leoneses, hasta el punto de llegar a celebrarse un Concilio (Concilio del monte Irago, año 946) en sus proximidades, en algún lugar de estas montañas, al que asistió el propio rey, Ramiro II. El lugar exacto de celebración de este concilio, así como el sentido y la ubicación geográfica de otros nombres de la zona citados en la documentación medieval son algunos de los interrogantes que se plantea el artículo, todos ellos relacionados con esta enigmática sierra.

Son muchos los interrogantes, las dudas, los enigmas que se nos presentan cuando intentamos hablar o escribir sobre Foncebádón, o su entorno. Dudas y enigmas que, por el momento, estamos incapacitados para desvelar y mucho menos en un breve artículo. No obstante como la publicación se lleva a cabo en una revista promovida por esta asociación, con nombre tan significativo como "Monte Irago", quiero dejar planteadas unas cuantas cuestiones, o preguntas, a futuros y jóvenes investigadores. Preguntas que pueden iniciarse así: ¿Monte Irago es nombre de todo el macizo montuoso, o no? El conocido y famoso concilio de Irago, ¿Dónde se celebró? Astórica de Potata, ¿era, solamente, un topónimo menor, de un campo, o era una población? ¿Dónde estuvo enclavada la localidad de Villanueva que se cita en escritos de viajeros y peregrinos? La Cruz de Ferro, ¿fue siempre un símbolo religioso, o simplemente un mojón, una muria, con el significado de delimitación de terrenos?

Las preguntas ser podrían multiplicar sobre un espacio tan rico en historia como es éste, pero creo que son suficientes.

El monte Irago y su concilio

Pena es que se haya perdido, absolutamente, un nombre tan bello y eufónico como es éste que, en otros tiempos, se usó para designar es lugar que separa las vertientes del Duero y del Miño, y que ahora solamente sea usado cuando queremos referimos a tiempos históricos; aparte del nombre cuyo significado está, todavía, por desentrañar, aquí comienzan a plantearse las primeras incógnitas. Irago, ¿era el nombre que se daba a todo el macizo montañoso que hoy conocemos por Puerto de Foncebádón,

como puede desprenderse de la lectura de los documentos, o era uno de los picos, preciso y solitario? Sería ésta una cuestión a investigar con anterioridad al año 946 por si fuera posible localizar tal topónimo en alguna documentación que esté todavía inédita. En este punto y en este momento, los diferentes investigadores que se han adentrado en la cuestión no están de acuerdo, pues la cita del 946, y posteriores referidas a la celebración del



Cruz de Ferro

Foto: J. Ricardo García

concilio son imprecisas, al tratar de esta celebración con la vaguedad de haberse realizado en el Monte Irago. Sabemos, sí, que el obispo Salomón solicitó la reunión del concilio al rey Ramiro II; que dicho rey accedió a convocarlo, y lo convocó, para la diócesis de Astorga; que junto con el obispo lo presidió el

propio rey; sabemos de las donaciones realizadas y otras cuestiones que no viene al caso traerlas a este artículo; pero nos quedan en el aire una serie de preguntas como por ejemplo: ¿Dónde tuvo lugar el concilio? ¿En Rabanal del Camino como apunta el padre Flórez? ¿En el monasterio de Santa María de Tabladillo, uno de los grandes beneficiados del concilio, y por el que se inclina la mayoría de los investigadores?

¿Pudo haberse celebrado en el monasterio de los Santos Justo y Pastor, de Compludo, como arguye Quintana Prieto? ¿O tal vez se desarrolló en el hospital de San Juan de Irago, por lo que lleva tal nombre? He aquí las dos primeras cuestiones a investigar, los dos primeros enigmas a resolver: el topónimo de Monte Irago, junto con el lugar de celebración de aquel famoso y trascendental concilio del 946; importante no sólo para la diócesis, sino con especial significado e incidencia para la vida monástica, como atestiguan los escasos documentos que del mismo nos han llegado.

Astórica de Potata

La escasa documentación bajomedieval nos aporta un nombre enigmático en grado sumo, y a la vez emblemático para astorganos y maragatos; y al que hasta ahora bien poco caso hemos hecho. Me refiero a esa Astórica de Potata, de Rodada, o de Podada que así se ha designado, según las circunstancias, y con la que tropezamos por primera vez, si no me equivoco, en el año 1103. Es entonces cuando el rey Alfonso VI delimita el coto y terrenos que concede al monje Gaucelmo para que lleve adelante su obra caritativa, en Foncebádón, a favor de los peregrinos a Santiago.

Años más adelante, en 1180, otro rey, Fernando II, entrega a uno de los eremitas de Foncebadón, Elvite Juan, el hospital de San Juan de Irago "que se encuentra entre Foncebadón y Manjarín". ¿Pero dónde? Y otra pregunta nos sorprende de inmediato. ¿Dónde está, o dónde estaba, exactamente, Astórica de Potata? Miguel Peña, impenitente estudioso de la comarca, y sobre todo pateador de sus caminos y riscos, quizás nos pueda resolver este enigma.

Pero yo quiero ir mucho más allá de la localización exacta de Astórica; localizado el lugar habría que proceder a un estudio exhaustivo del mismo, sin excluir los trabajos arqueológicos. Si las excavaciones que se realizan en Astorga nos están negando toda posibilidad de un asentamiento anterior al romano ¿dónde hemos de situar la población astur, capital que fue de los Amacos y demás pueblos que cita Plinio? ¿Estaría en la misma Astorga o más alejada? Bien podría ser - y no lo tome el lector sino como una mera suposición, o hipótesis, todo lo remota que se quiera - que en su día los romanos hicieran descender hacia el llano a los habitantes astures, enriscados en la sierra. O sea, ya que se nos niega la raíz astur de la ciudad en este solar romanizado habrá que buscarla más lejos. Encontrar en el siglo décimo un topónimo claro, y conciso, de Astórica debe tener un significado más profundo. Y a uno, en esas ensoñaciones, le gustaría saber dónde estuvo la Astorga Astur, y piensa si no podría ser esa montañesa Astórica de Potata, con apellido y todo, para distinguirla de la que en aquellos oscuros siglos también se decía Astórica.

La cruz de Ferro

Desde aquella vaga y encubierta cita del Códice Calixtino, pasando por la imprecisa y confundida de lugar que hiciera aquel servita y alemán Küning, hasta ayer mismo, la Cruz de Ferro ha llenado abundantes páginas. Sin temor a exagerar, en todo el Camino, desde Roncesvalles y aún más allá, hasta Santiago, es el hito, el monumento santiaguista y peregrino más sencillo, el más humilde de todos, y sin embargo el más simbólico, el más conocido, el más anhelado de alcanzar después de la propia Compostela. Es la Cruz de Ferro,

enhiesta al borde del camino, el paradigma espiritual de los peregrinos. No vamos a plantear aquí la cuestión de la propiedad, arrogada no ha mucho por una asociación en un momento crítico y anómalo. La Cruz de Ferro es propiedad de la Historia, de la Cultura y de la Humanidad, la cuide quien la cuide y la sierra quien la sierra.

Si quiero plantear a los futuros - y actuales - investigadores jacobeos que nos descifren, si ello fuera posible, el significado primigenio de este emblemático monumento. Como en el planteamiento de los anteriores enigmas habrá que dejar una batería de preguntas que se vienen a la mente. ¿Puede ser este montón de piedras - según aquel buen cura de Voznuevo, Pedro de Alba - una señal que los indígenas de nuestra comarca colocaban en las encrucijadas de sendas y en lugares difíciles? ¿Pudo Roma apropiarse de tales señales y divinizarlas como "montes mercuriales", y más tarde ser cristianizadas con la Cruz? ¿O acaso no hay que buscarle otro significado si no el de simple amojonamiento, la delimitación, de una propiedad como era el coto de Gaucelmo, según especifica el documento fundacional? Todavía, en nuestros tiempos, hay que tener en cuenta la existencia de estas divisiones en los campos entre los pueblos limítrofes con las llamadas "murias" o "arcas", muchas de ellas efectuadas con el simple amontonamiento de cantos, y las correspondientes reposiciones y cuidados cada ciertos años. Miguel Peña a quien ya cité para Astórica de Potata, podría darnos mucha luz en este sentido el día que se decida a desarrollar todas las investigaciones que a tal efecto ha realizado.

Una cosa está clara en lo que a la Cruz de Ferro se refiere; después de los indígenas astures, después de los romanos, más tarde con las peregrinaciones o el paso de los segadores gallegos, ese sencillo monumento es algo consustancial, símbolo ineludible e hito de la máxima importancia en el Camino de Santiago.

Villanueva

Al llegar a este último punto se nos encadenan las preguntas, el enigma se nos agranda y la oscuridad se nos hace casi total; y sin embargo ahí están

los documentos que hablan por sí solos mostrándonos una población, Villanueva, en el alto del monte Irago. Desde 1496 nada menos que siete itinerarios, clásicos, jacobeos la citan. Población que nos colocan entre Foncebadón y Manjarín con absoluta claridad. Y aquí surgen las preguntas. ¿Dónde estaba? ¿Podemos hacerla coincidir con aquella otra de San Juan de Irago y su hospital? Recordemos que en año 1302 el rey Fernando IV manda llevar a cabo la repoblación de San Juan que al parecer estaba semidesierto y dice el documento que "para acorrer romeros y otra gente". Debido a esa repoblación ¿Pudo ocurrir que en ese momento se cambiara el nombre de San Juan por el de Villanueva? Quintana Prieto va todavía más lejos en sus cavilaciones y en vista de la oscuridad existente, por el momento, su teoría podría tener mucho de verosímil; Villanueva lo asienta en el mismo solar que ocupaba San Juan de Irago, y se pregunta si en el mismo no estaría con anterioridad Astórica de Potata. Tenemos de esta forma un único solar, un sólo espacio geográfico y tres poblaciones distintas: Astórica que en una fecha entre los años 1000 a 1180 cambiaría su nombre por el de San Juan de Irago con el asentamiento de Elvite Juan y su hospital, nombre que desaparecería con la repoblación de Fernando VI para denominarse Villanueva.

Claro que todavía nos queda aquella otra población, citada en la Edad Media, llamada Casasola, que nos ofrece la misma oscuridad que las anteriores.

Pero las tres poblaciones - o las tres en un solo solar - han desaparecido sin dejar rastros visibles; solamente entre algunos iniciados hay que anotar el de Astórica como reliquia toponímica y no más. Trabajo, arduo y generoso, queda para las nuevas generaciones de investigadores. Son muchos los enigmas a resolver en torno a este mítico puerto de Foncebadón, que en otro tiempo se llamara Monte Irago. El Camino de Santiago lo tiene marcado indeleblemente.